

CIVILIZACION DE MASAS Y ESPERANZA *

Existe hoy un consenso general sobre el predominio de un Materialismo práctico en el mundo actual. Ya en el siglo pasado, proféticamente, pensadores tan distantes entre sí como Tocqueville, Jacobo Burckhardt, Nietzsche, entrevieron estos rasgos del materialismo de masas: Tocqueville en su "Democracia en América"; Burckhardt al describir en sus cartas al Londres en 1879; Nietzsche, el diagnosticador genial, al presentar la imagen del "último hombre".

¿En qué se manifiesta este Materialismo práctico?

No se trata, desde luego, de la avidez de *tener más*, que se ha dado en todas las épocas. Se trata de que ese afán se muestra desnudamente, sin encubrirse tras de ninguna idea; pero sobre todo, en que la realidad global está animada del impulso desenfrenado de dominar la Naturaleza, para abastecer a las masas humanas en sus necesidades y sus diversiones según un régimen de producción y de consumo, mediante un modo exterior de racionalidad; pero desatendiendo toda idea de valor religioso o metafísico. La Masa no es solamente la multitud vociferante de las jornadas políticas, ni la opinión pública expresada a través de los medios de comunicación; es hoy día todo un régimen existencial de la vida humana, que impone una nivelación general, como lo presintieron hace 50 años Ortega y Gasset y, más filosóficamente, Karl Jaspers. Este último deja, con todo, una posibilidad abierta. El hombre, escribe, no puede incorporarse

* *En XI Semana Social de Chile, "El Poder de la Esperanza", 1982.*

totalmente a una función dentro de ese régimen; puede, si logra su libertad interior y un contacto con la Trascendencia, salvar su substancia, su "ser-sí-mismo". Pero, en general, es evidente para él que la Civilización de Masas va imponiendo su modo de ser en todo el mundo.

Esa civilización se basa en una Técnica fundada en las Ciencias Naturales y Sociales: la Ciencia ha pasado a ser la suprema instancia de la fe humana. Por otra parte, esa civilización exige la existencia de una red o "aparato" que regule todos los procesos colectivos, incluso sobre todo los procesos psicológico-sociales. La Técnica y la Masa están íntimamente unidas, se generan recíprocamente. La absolutización de la Técnica tiene hoy día un ámbito planetario, más allá de las grandes diferencias ideológicas; los restos de las grandes culturas históricas se ven generalmente desplazados por esta civilización mundial de masas, generada sin embargo dentro de la cultura occidental. El actual Materialismo práctico nos hace pensar inevitablemente en el "Pan y Circo" de la Civilización romana impuesta por su Imperio, al final del mundo antiguo. Pero existe una diferencia radical: el poder de la Técnica racionalizadora otorga al "aparato" totalizador una intensidad que jamás llegó a tener el Imperio Romano; se produce aquí un salto de la cantidad a la cualidad.

El internacionalismo técnico-económico supera hoy día los obstáculos ideológicos o de principios: las grandes preguntas giran sobre los medios, o sea sobre la técnica, ya no sobre los fines. Para un gran filósofo como Heidegger, la Técnica sería hoy la más verdadera aparición del Ser; el error contemporáneo sería el absolutizarla, sin pensar en su esencia.

La racionalización del hombre y del mundo proviene remotamente de la Ciencia Moderna. Pero al absolutizarse, se refleja como Materialismo: los hombres quedan prisioneros de un "aparato" creado por ellos mismos y sobre cuyos fundamentos y orígenes no se ha reflexionado suficientemente, como ha señalado Heidegger.

El resultado de todo ello ha sido fatal para la individualidad; se ha producido una despersonalización. El individuo queda aislado y atomizado, pues las comunidades y comuniones tradicionales han sido destruidas por el poder masivo; las peculiarida-

des históricas de estamentos, pueblos y naciones tienden a desvanecerse. Desaparece la confianza en las antiguas autoridades, dejando el paso a todas las usurpaciones. El individuo tiene que funcionalizarse según los requerimientos del "aparato", tiene que justificarse por la utilidad que presta el abastecimiento de las masas. El contemplativo religioso o filosófico es mirado como un parásito. Desde este ángulo puede comprenderse algo más la angustia vital de tantos hombres y los fenómenos de compensación contra el régimen y el "aparato", como son la violencia, el terrorismo o el deseo de paz a cualquier precio, todos los rostros del Nihilismo, tan bien presentidos por Nietzsche y Dostoievski. Es un Nihilismo en la resignación, en el último caso; en la violencia y el terrorismo, es el ansia de llevar los conflictos y tensiones hasta un extremo, para llegar a una decisión cualquiera.

La absolutización de la Técnica ha sido fatal, no solamente para el individuo humano, sino también para "las cosas" cargadas de encanto y de misterio, como lamentaba Rilke. La desacralización, que avanza incesantemente en Occidente desde el siglo XVIII ha aventado o aventará con todo el misterio y lo venerable del Universo.

La masificación del hombre y su sumisión a potencias anónimas no se da solamente en los Estados Totalitarios, como suele decirse. También la sociedad en el bloque "democrático-occidental" es coactiva, gracias a las fuerzas de la propaganda y a las diversas maneras de seducir a la opinión pública.

Una obra de sociología escrita en norteamérica por David Riesman en 1948-1949. "La multitud solitaria" describe, a un nivel teóricamente no muy elevado, pero sí muy impactante, lo que es la formación de gustos, aspiraciones y convicciones en la sociedad de masas o, como él lo dice, en el mundo en que el hombre es "dirigido por los otros". La tradición se ha deshecho, la familia y los padres ya no inyectan desde temprano las pautas de comportamiento, sino que el individuo va aprendiendo paulatinamente a acomodarse a lo que piensan y sienten "los otros". Al revés del mundo que, en Norteamérica y Europa, seguía el modelo de los hombres de fuerte carácter, dirigidos por sí mismos, en la sociedad de masas domina el acomodarse lo más

suavemente posible a los grupos en que se está inserto, y el individuo más destacado es el mejor informado sobre cuáles son las pautas y sentimientos dominantes. Predomina, pues, una acomodación pasiva, y los medios de comunicación de masas son –tal es la ilusión gregaria– los que mejor informan y opinan. A todos estos factores de psicología social se asocia, por otro lado, el paso de una economía que enfatiza la producción, a otra en que la producción es dirigida por la demanda y la capacidad de gasto por lo que se suele denominar por “consumismo”.

Mas no cabe, frente a esta realidad, el ignorar o despreciar el mundo que habitamos. De allí la preocupación de los pensadores, hombres religiosos y grandes hombres de ciencia (que lamentan profundamente “la superstición de la ciencia”). El afán diagnosticador de “el mal del siglo” puede rematar en una auténtica desesperación pero la desesperación es mejor que la indiferencia o el desprecio.

Recapitulando, pues, podemos decir que la verdadera libertad, es decir, la posibilidad de decidirse por “ser-símismo”, es más difícil que nunca antes lo ha sido en nuestra civilización Mundial de Masas.

II

Si el diagnóstico de Materialismo práctico es verdadero, podemos avanzar a tratar de responder a la pregunta que nos formula el programa de esta Jornada, a saber: en qué sentido esta realidad es fruto de determinadas ideas que han clavado su garra en el mundo tradicional europeo y americano y tienden cada vez más a demolerlos.

La primera respuesta nos viene de la historia de las ideas. La ciencia Moderna, a partir del siglo XVII, fundamentalmente la Ciencia Física, ha destronado a la Metafísica y la Física heredada de Grecia y de la Edad Media. Si bien los grandes creadores de esa Ciencia, desde Copérnico hasta Newton y Leibniz, están todavía imbuidos de convicciones teológicas o religiosas, ya la Ilustración del siglo XVIII tiende a generalizar la ciencia del XVII, y llevar al mundo humano la tendencia mecanicista. Así nace la Teoría Política del Contrato Social de Rousseau, y la

Economía clásica de los Fisiócratas y los Liberales. Y por último, la Física suministra a la técnica una nueva base científica, que constituirá la Revolución Industrial. De ella se apropiará el espíritu Capitalista ya anteriormente constituido e implantará una economía mecanicista que destruye paulatinamente el mundo tradicional europeo.

Con el Capitalismo, aparece en Inglaterra, al lado de la gran Finanza, la forma más antigua de la Economía moderna, la gran Industria creadora de la Fábrica y de los medios de comunicación y transporte basados en la máquina a vapor y el electromagnetismo. La Fábrica aniquila al viejo artesanado medieval de pequeños productores libres. El campesinado tradicional había sido también paulatinamente eliminado por el latifundio, y se había convertido en proletariado rural o emigraba a las ciudades. En la cúspide de la pirámide social se instala la nueva gran burguesía, aliada en Inglaterra de los restos de la vieja aristocracia. Aparece así ya formada en Inglaterra del siglo XIX la típica sociedad moderna de dos clases contrapuestas, burguesía y proletariado; no sin que subsistan, con menores grados de poder, las capas medias de pequeños comerciantes, burócratas, profesionales, la "pequeña burguesía", en general.

Si Inglaterra es la pionera en el campo económico, lo es también en cierto sentido en el político, por su Monarquía constitucional y su sentido liberal. Pero en este último plano es Francia la que asume el rol de liderazgo mundial con su gran Revolución, que llevó al triunfo al Democratismo revolucionario y al individualismo jurídico y social, consagrados en su Declaración de Derechos del Hombre de 1789 y su posterior Código Napoleón.

La expresión de ambas corrientes —la revolucionaria francesa y la evolucionista inglesa— en el terreno de la Filosofía de la Historia será la idea de Progreso, en el fondo una ideología, un pseudo-mito (*) laico, cuyo postulado esencial consiste en que el avance en el tiempo implica un incremento incesante de Valor, un avance en el sentido de la Civilización; entendiéndolo por

(*) Pseudo-mito, porque no se trata de los mitos primordiales de que nos dan testimonio las grandes religiones.

Civilización un proceso único mundial hacia la Felicidad, la palabra laica que sustituye al Reino de Dios. El Progreso sigue siendo la ideología mayoritaria del mundo de hoy, compartida por las masas y los dirigentes de todos los Estados representativos del Capitalismo y del Socialismo, dos sistemas económicos opuestos, pero también similares en el secularismo y en el titanismo, en la creencia en el dominio del hombre.

Frente al influjo de las ideas francesas e inglesas ha surgido en este siglo la potencia del Marxismo, dominando en la Unión Soviética y China, con sus respectivos séquitos de países. La Dialéctica de Hegel, incorporando orgánicamente los pensamientos de la Economía Política inglesa, de la Revolución Democrática francesa y del llamado "Socialismo utópico", tales han sido las fuentes de la doctrina del pensador judeo-alemán que ha dado el nombre a la doctrina tal vez más extendida en el mundo actual, gracias a su levadura escatológicamente revolucionaria secularizada, atea y titanista. (A propósito de la Dialéctica hegeliana adoptada por Marx, pero invertida, poniendo arriba la Materia y abajo la Idea, no hay que olvidar hasta qué punto es dudoso que la Dialéctica, aplicable por su naturaleza misma a la Idea, pueda ser unívocamente aplicable a la Materia).

En todo caso, volviendo a la pregunta de nuestro programa sobre el rol transformador del pensamiento en la Historia, creemos haber esbozado una posible respuesta al interrogante sobre qué ideas han influido causalmente en la formación de la Civilización de Masas. La Ciencia Moderna, los regímenes políticos constitucionalistas y democráticos, la Economía Política inglesa, el Individualismo de la Ilustración y de la Revolución Francesa, en fin el Marxismo, han engendrado lo que es, desde el siglo XVII hasta hoy, el mundo de Masas. Naturalmente que hay hilos que nos llevarían más lejos en los siglos, y que son inconscientes para los actores históricos del XIX, tales como el Profetismo hebreo, la Escatología judía y cristiana, herejías cristianas de los primeros siglos, etc., pero su consideración nos llevaría a ámbitos históricos demasiados vastos para ser abordados en nuestro marco de hoy día.

Los únicos regímenes contemporáneos que parecen provenir de fuentes diferentes y escapar total o parcialmente a esas inspi-

raciones son el movimiento de Gandhi en la India (ya periclitado), y la revolución islámico-schiita del Irán actual, hostil a la vez a los Estados Unidos y a la Unión Soviética.

El triunfo de las Ideas en la realidad suele presentar considerables ambigüedades. Piénsese por ejemplo en la Unión Soviética, oficialmente marxista, pero a la vez de un marxismo rusificado, por obras de grandes políticos como Lenin, Stalin y Kruschev. El Comunismo, al rusificarse y separarse violentamente de la Social Democracia Occidental y del Anarquismo, se convierte en sucesora del Imperio de los Zares, con todo lo que eso implica para su Marxismo.

Creo necesario precisar que, al afirmar que ciertas ideas son transformadoras, no quiero en modo alguno sentar un juicio de valor. Decir, por ejemplo, que el "mito del Progreso" ha configurado el mundo actual, no significa sino una constatación histórica, y muchos hombres ilustres han lamentado ese encadenamiento de fuerzas, y previsto la enormidad de calamidades de su resultante, la masificación y despersonalización del hombre. Así, en uno de sus discursos, Solzhenitsyn considera fatal la "superstición" del Progreso y del Desarrollo, que ha hecho perder el sentido ético a la Humanidad, y frente al Desarrollo económico plantea como meta la Estabilidad económica.

Si hablamos de la influencia de las Ideas en la Historia, bueno es también precisar que hay grandes fracasos de una idea, medida en sus éxitos temporales. El que juzgó más importante en estos dos siglos es el del pensamiento del Romanticismo alemán, que planteó una Concepción del Mundo opuesta al Racionalismo de la Ilustración y que esperó poder revivificar ideas y esperanzas de la Edad Media. Por eso colocó, contra el individualismo burgués y el capitalismo industrial y financiero, la idea de Comunidad. Con ello quiso valorar los vínculos de amor, amistad, fidelidad en la vida política y social; la fraternidad religiosa y popular, las corporaciones artesanales, las esferas de vida local. De este Romanticismo derivaron los Partidos Conservadores de fisonomía Social-Cristiana y la doctrina social pontificia que remata en "Quadragesimo Anno" de 1931, que encarna la necesidad de que los hombres se agrupen por oficios y profesiones, y no por sus posiciones en el mercado de trabajo. La

idea corporativa, ensayada por ejemplo en la Austria de las décadas de los años 1920 y 1930 fueron teorizadas por un gran sociólogo austríaco Othmar Spann, bajo la denominación de idea "universalista"; pero fue barrida desde 1945, por el alineamiento mundial obligatorio en sólo dos tendencias, la Capitalista y la Socialista, que deshacen, cada una a su manera, todos los gérmenes de vida comunitaria o corporativa.

En suma, pues, una idea puede fracasar por obra de acontecimientos históricos contingentes. Para hacer comprender en un plano teórico estos fracasos o victorias, Max Scheler, en su "Sociología del Saber" afirma que la esencia misma de las ideas y valores espirituales surgen en plena libertad y autonomía; pero que su existencia, su presencia orientadora o dominadora de la realidad depende de factores no ideales sino "reales": ya sea de la sangre o linaje, ya sea de fuerzas políticas; ya en fin de poderes económicos. La esencia sería libre, pero la existencia estaría condicionada por la convergencia de esas ideas o valores con intereses "reales" que obrarían a manera de esclusas, elevándose o cerrándose, para abrir paso o para cerrar el paso a formas de la vida espiritual. Es una tesis sociológica que, desde el punto de vista histórico, parece acercarse a una comprensión justa de las victorias o fracasos de una idea.

Por lo demás, no hay nada más ambiguo y cambiante que lo que llamamos "victoria". Una tendencia que parece triunfante puede albergar dentro de sí, desde su origen ya, su propia antítesis. Las democracias capitalistas, que proclaman el libre mercado, sufren el proceso de tránsito a las grandes empresas monopolistas, que cierran el mercado. El Socialismo marxista, cuya doctrina proclamaba la supresión del Estado desde que no existiera una clase dominante, nos ofrece el espectáculo de dictaduras burocráticas o caudillescas de larga duración. En el pasado, la Revolución Francesa e ideología humanitaria, contenía dentro de sí y desarrolló hasta el más alto grado el Nacionalismo, la Guerra y la dictadura bonapartista. E incluso en movimientos de menor escala, parecen inevitables las contradicciones internas. Por eso, con tanta razón, Charles Péguy, lamentándose de la deformación que había sufrido en la Francia de su generación la corriente que había defendido la inocencia de Dreyfus en el

famoso "affaire", advertía: "Lo esencial es que, en todo orden, en todo sistema, no sea la Mística devorada por la Política a la cual ha dado nacimiento". A través de la historia humana, Mística y Política se mezclan siempre inextricablemente, la Verdad triunfará absolutamente tan sólo en el Reino de Dios.

III

El tema central de estas Jornadas es "el poder de la Esperanza". Aunque he dicho mi sentimiento sobre la influencia transformadora del pensamiento, debo ahora enfrentarme con el tema de la Esperanza.

En primer lugar, ¿qué relación hay entre Esperanza y Civilización Mundial de Masas? En principio, ninguna: la civilización técnica, en principio, parece tener como meta "alcanzable", si no hoy, al menos en principio en un futuro predecible, la satisfacción de todas las necesidades humanas. Pero ese futuro pertenece al mundo cerrado de la inmanencia, a un tiempo futuro que no es sino la proyección del presente. En cambio, la Esperanza pertenece a la esfera de lo que parece humanamente imposible, imprevisible, a un mundo abierto e ilimitado. Es la diferencia que ha marcado Gabriel Marcel entre lo previsible y lo profético. Cuando me abro a la Esperanza, escribe Marcel, me abro a una conciencia profética, pero difusa "y que, en tanto pretendiera trasmutarse en previsión, correría el peligro de anularse. Si es así, es necesario decir que esperar, tal como lo presentamos, es vivir en esperanza, en lugar de concentrar nuestra atención ansiosa sobre el pobre juego que tenemos delante, cuyo cálculo hacemos y rehacemos febrilmente: sin cesar, atenaceados por el miedo de encontrarnos frustados o desposeídos". El sentido de la Esperanza radica en lo no calculable, ¿y qué hay de más decisivamente definidor de la civilización técnica y masiva que el cálculo —si no exacto—, estadísticamente probable o predecible? La Esperanza es pues una virtud sobrenatural, una virtud que no nos es suministrada en absoluto por la civilización dentro de la cual vivimos; es un don que tiene que venir de arriba, es algo "imposible". Recordemos el pasaje evangélico en que Cristo nos dice la inmensa dificultad de que el rico se salve; los Apóstoles pregun-

tan espantados (no se habrían asombrado si Cristo hubiera sido ya conocido por ellos como un revolucionario social que se supone) y se decían entre sí: "Entonces, ¿quién podrá salvarse?". Pero Jesús les responde: "A los hombres sí es imposible, mas no a Dios, porque a Dios todo le es posible". Ese salto de lo imposible en el mundo humano a lo posible en la trascendencia divina es precisamente el salto de la Esperanza. Por eso ha escrito tan bien Simone Weil: "La imposibilidad es la puerta hacia lo sobrenatural. Sólo podemos golpear. Es otro el que abre". Y recordemos asimismo las palabras de San Pablo, que ratifican bíblicamente la oposición de la Esperanza con lo visible o previsible: "Que la Esperanza que se ve, ya no es Esperanza. Porque lo que uno ve, ¿cómo esperarlo?; pero si esperamos lo que no vemos, en paciencia esperamos".

El Antiguo Testamento nos presenta pasajes y experiencias muy diversas. La fe de Abraham en la inverosímil promesa divina de tener una descendencia gloriosa, cuando ya era un anciano, debe haber ido vinculada a la Esperanza, y ella subsistirá tal vez durante el camino, cuando iba a sacrificar a su hijo para obedecer a Dios. Todo el Antiguo Testamento parece imbuido de la esperanza profética en la posesión de la Tierra Prometida. Pero de pronto nos sorprendemos, en los Libros Sapienciales, con la nota opuesta. El "Vanidad de vanidades, todo es vanidad" del Eclesiastés, está asociado con la imagen de un tiempo cerrado, reiterativo: "Pasa una generación y viene otra, pero la tierra permanece para siempre. Levántase el sol, se pone y corre con el afán de llegar a su lugar, de donde vuelve a levantarse". Y pocas palabras humanas han tenido la franqueza y la belleza del Libro de Job para expresar en tono de queja ante Dios todo lo tremendo de la existencia humana, del dolor, de la miseria y del mal. También el cristiano, aunque parta del Nuevo Testamento, tiene que pasar por la desesperación para estar aptos para recibir el don sobrenatural de la Esperanza, ya que naturalmente ella es imposible, ya que la existencia natural está siempre inserta en el tiempo y en la inevitabilidad de la muerte. La Esperanza no es el rosado optimismo.

Curiosamente, el Nuevo Testamento también profetiza que vendrá un tiempo en que la Esperanza parezca desaparecer de la

tierra. “Y ante todo debéis saber —escribe San Pedro— como en los postreros días vendrán, con sus burlas, escarnecedores que viven según sus propias concupiscencias y dicen: ¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde que murieron los padres, todo permanece igual desde el principio de la creación”. El objeto fundamental de la Esperanza de los primitivos cristianos era el retorno de Cristo, desaparecido de la faz de la tierra el día de la Ascensión; por eso Pedro, al replicar desde ya a los burladores que niegan la Parousia, insta a los cristianos a que esperen y “aceleren” el advenimiento del día de Dios, pues “nosotros esperamos otros cielos nuevos y otra tierra nueva, en que tiene su morada la justicia, según su promesa”. Ese retorno, ese Reino de Cristo de Dios, enigmáticamente declarado, es el objeto de la Esperanza de la primera época cristiana, el “Ven, Señor Jesús” del final del Apocalipsis; y también la expresión de San Pablo de la misma Esperanza, mas desde otro punto de vista: esperamos “la adopción y redención de nuestro cuerpo”, basada en que Cristo ya ha resucitado.

IV

Para hablar de la Esperanza en registro cristiano, saltémosnos veinte siglos y quisiera recordar —así se me permitirá hacerlo, para dar testimonio de cuánto impresionó a toda una generación chilena, la que era joven hacia 1940— al grupo de escritores franceses de lo que se denominó “la renovación católica” de comienzos de este siglo. Fue una pléyade de pensadores y de escritores laicos, que pudo concertar su fervor religioso (a menudo eran conversos) con la libertad espiritual frente al mundo y frente al clero. Dentro de ellos, hay dos que han hablado muy explícitamente de la Esperanza, Charles Péguy (1873 - 1914) y George Bernanos (1888 - 1948).

Péguy volvió a la Iglesia después de un largo período en que el blanco de su esperanza puramente humana fue el Socialismo ético, demostrado particularmente, como ya lo dije, en la defensa de la inocencia de Dreyfus. Más tarde, cantó en un poema, con su habitual ritmo de letanía a “la petite fille Espérance”, la niña Esperanza. Al hacerse católico, no abandonó en absoluto su

honor". Y su testimonio decisivo es, en el "Diario de un cura de campo": "Todo es Gracia".

Así podemos contemplar cómo los Hombres de esa generación, nacidos aproximadamente entre 1846 (León Bloy) y 1888 (Bernanos) dan testimonio de la sobrenaturaleza de la Esperanza. Ellos se sienten con la misión de agujonear al mundo de filisteísmo progresista del siglo. La Modernidad, lo que ellos sienten como el adversario del Cristianismo, es para Bernanos "totalitaria y concentracionaria". "Porque creemos en el Pecado Original, se nos acusa de desesperar del hombre. Pero no es la parte degradada del hombre la que hace imposible la organización de un paraíso mecánico; al contrario, es lo que hay en él de libre, quiero decir lo que hay de divino".

La "Modernidad" contra la cual combaten los hombres del "renuevo católico" se dirige contra los rasgos materialistas, racionalistas, progresistas, del siglo en que nacieron. Bernanos alcanzó, como Maritain, a conocer los totalitarismos comunistas y nacional-socialista, y lucharon contra él (Bernanos en forma más personal y con menos apoyo exterior). El tuvo el coraje de denunciar también, al regresar de Brasil a la Francia de postguerra, el espeso clima de desacralización progresista y de predominio de lo que se suele llamar "opinión pública".

Sin embargo, lo que ellos llaman "Modernidad", blanco de sus luchas, es en realidad el legado póstumo del siglo XIX, con sus rasgos de materialismo, o de cientismo; y hay que decir, en honor a la verdad, que hay grandes hombres que viven entre el siglo XVII y el XX, que no participan en absoluto de esos rasgos, y que rescatan la Modernidad de aquella espesa capa. Así, antes de 1900, tantos Grandes como Pascal (gran matemático y a la vez un admirable "hombre religioso"), Goethe (por su lucha contra el mecanicismo en el conocimiento de la Naturaleza), tantos poetas y pensadores románticos, Kierkegaard, Baudelaire, Nietzsche... Y, de nuevo, en el XX, los poetas-profetas como Rilke, Ezra Pound, los filósofos como Heidegger y tantos otros, el gran psiquiatra C.G. Jung. En cuanto a profetas de la libertad, basta con citar el gran nombre de Solzhenitsyn.

Rescapitando, lo que hemos dicho sobre la Esperanza, podríamos afirmar, siguiendo a un Péguy y a un Bernanos, que la

Recapitulando, lo que hemos dicho sobre la Esperanza, podríamos afirmar, siguiendo a un Péguy y a un Bernanos, que la Esperanza es más que la simple espera, que es una virtud sobrenatural, que es “un esperar contra toda esperanza”, algo dramático. Por eso, frente a la terrible situación actual, creemos que la última palabra ha sido pronunciada por un no-cristiano. Heidegger, en su famosa entrevista de 1966: “sólo un dios puede salvarnos”.